

ella se la habia dejado concebir! Aquella mujer austera, no era pues verdaderamente casta. ¿Podia serlo? Su primera falta, en la cual no me habia fijado apenas hasta entonces, aparecióseme como una verdadera mancha, un delirio precoz, una atraccion completamente brutal que el pudor y el orgullo no habian, tal vez, soñado en resistir. Recordé que hablando de aquella falta no habia Felicia manifestado jamás confusion ni verdadero arrepentimiento. Ella erguia la cabeza á pesar de ello, y parecia mejor desafiar que sonrojarse.

XXII

GRISTE é inquieto estaba yo al dia siguiente. Felicia al contrario, parecia tranquila y como animada por una gran resolucion.

Habia escrito á su primo, y al querer ella mostrarme la carta, yo no habia querido leer. Temia encontrar en ella la confirmacion de mis dudas y de carecer del valor suficiente para sacrificarme. Sentia perfectamente que debia tenerlo, que no podia perder un alma que habia jurado salvar; en fin, que estaba en el caso de aceptar el destino á que me habia hecho yo mismo acreedor, y si no podia ser dichoso y feliz, debia admitir todas las consecuencias de mi pasion.

¡Mi pasion! pasion indefinible; que me abrasaba dejándome helado rudamente á lo mejor, al desvanecerse al parecer. Al lado de Felicia misma estaba sufriendo esa especie de vértigo que el amor de una mujer inteligente y bella produce en quien lo siente. Despues al estar solo, parecíame haber soñado, y lo que me chocaba en aquella naturaleza escepcional, me parecia ser la única realidad de mi emocion.

Pasáronse dias y semanas sobre esa desgarradura interior, llegando á disiparla

Nada sabía yo de Tonino, sino, que sin esperar convencer á su padre, obedecía á Felicia permaneciendo junto á él. Que le escribía mucho, pero yo nunca quise leer sus cartas; ni gustaba de hablar nunca de él.

Quería yo dejar á Felicia todo el cuidado, toda la responsabilidad y no me atrevo á decir, todo el mérito, de semejante hecho.

No parecía, sin embargo, serle muy penoso, al contrario. Si algún rayo de alegría asomaba en ella en medio de la tristeza en que la tuvo sumida por largo tiempo la pérdida de su hermano, era los días en que me decía:

—El chico parece irse acostumbrando á vivir allí. Es verdad que me cuesta algún dinero, y creo que se cuida muy poco de ganarlo, pero en cuanto haya tomado una determinación, le diré que debe procurarse un empleo. Que si es verdad que estuvo muy mimado aquí en vida de mi hermano, es preciso que aprenda ahora á hacer lo que hacen los demás.

Yo nada contestaba, y Felicia sonreía como viéndose defraudada. Había, sin embargo, cierta alegría preventiva en aquella misteriosa sonrisa. Estaba satisfecha de reconocerme celoso; pero mi semblante severo no daba lugar á que me lo dijera.

En semejantes intimidades llenas para mí de atractivos y sufrimientos al principio, aportaba Felicia un valor extraordinario. Fué tomando ella posesión de mí con una confianza ilimitada, y mirándose como mi desposada, me hablaba de sus amores sin la menor reserva ni turbación. Mostróseme desde entonces, verdaderamente grande, porque era casta y valerosa al mismo tiempo. Habíase hecho para sí como una especie de prescripción religiosa de no pensar en sí misma durante todo el tiempo en que vistiera luto por su hermano,

y, al par que me hablaba sin cesar de nuestra futura unión, no se le ocurrió nunca la idea de buscar para ella el menor asomo de felicidad. Ocupábase exclusivamente de la mía, procurando de mil modos que la creyese capaz de realizarla.

—Soy muy inferior á vos, me decía, y no quisiera por nada de este mundo perteneceros antes de que me elevarais todo lo posible hasta vuestro nivel. Aprovechad mi inteligencia y mi voluntad para irme enseñando cuánto ignoro; enderezad mi juicio; aclarad mis ideas; haced que comprenda todo cuanto sabéis; ponedme en estado de poder corresponderos en vuestra conversacion, de interesarme en lo que os interesa, y de ver claro, así respecto á vos como respecto á mi misma. Me habeis reprendido alguna vez; es necesario que no tengais luego este trabajo; es preciso que no os admireis más de mi ignorancia y de mis errores; es preciso que alejéis de mí unos y otros, y tened la seguridad de que no ha de seros muy difícil.

Efectivamente, era ello, en apariencia, bastante fácil.

No se resistía mucho en aprender cuanto se le enseñara, nada discutía, escuchaba con avidez cuanto le decía, absorbiendo, por así decirlo, todas mis palabras, con la plácida docilidad de un niño aplicado.

Su carácter inquieto y nervioso, reaparecía en los cuidados que dedicaba al trabajo doméstico, en las órdenes que daba á sus criados y en las impacencias que le producía este trasiego pueril. Obtuve de ella la promesa de que exprimirla aquella actividad febril, aprendiendo á mandar y disponer con calma, soportando filosóficamente la negligencia ó falta de inteligencia inevitable en muchos dependientes. Esto era, al principio, superior á sus fuerzas; pero, un día, en que le expliqué las opiniones de Lavater con relacion á la fisonomía, tra-

céle su propio perfil á vuela pluma, y mostréle las diversas expresiones de su fisonomía modificada por el sentimiento de sus emociones interiores; vióse tocando el violín, y se encontró hermosa; vióse regañando á sus criados, y se encontró fea. Consternada por mi discernimiento, apenóse y lloró; pero, desde aquel momento volvió á ser dulce y suave con todo el mundo, como la primera vez que lo habia intentado para agradarme.

¿Como no habia de producirme efecto tanta sumision?

Pronto quedé admirado de su inteligencia; manifestaba una maravillosa facilidad de comprension. Dos ó tres semanas de lecciones bastaron á reformar sus equivocadas locuciones alemanas y francesas. Pidióme una lista de ellas, y durante la noche no dormia para estudiar. Cuando las habia bien clasificado en su memoria, no volvia ya á repetir las más.

Más difícil se le hizo ir corrigiendo su acento, pero pronto supo hacer desaparecer las entonaciones vulgares. Esto fué para ella, como si se le diese una leccion de música; así es que su instinto musical le sirvió admirablemente para semejante reforma. Aprendió igualmente á sostener una conversacion, y esto que lo habia ignorado siempre por completo. Habia sido Felicia uno de estos espíritus impetuosos que no atienden á lo que se les dice si no corresponde ello á sus preocupaciones. Así es que se escudaba con una sola frase que le hubiese chocado, y, como un crítico de mala fe que se aferra á una cita truncada, desnaturalizaba ella, con ingénuo y persistente habilidad, el verdadero sentido de lo que se le decia, para contestar á lo que nadie habia soñado en decirle. Abjuró formalmente este proceder ingenioso, no desde el momento en que le hube demostrado sus inconvenientes, pero sí en cuanto le hice expe-

rimentar su parte ridícula y pueril. Tenia ella, con respecto á mí sobre todo, un amor propio altamente exagerado, y, para corregírsele, tuve que apelar á las armas más opuestas á mi carácter, esto es, á la sátira y á la chanzoneta. Yo, que siempre he sido todo benevolencia, estaba mortificado de continuo de tener que valerme de semejantes trazas, porque la habia sufrir en alto grado; pero ella parecia quererlo así.

—Mi voluntad es flexible, decia; pero mi instinto es reacio. Yo bien quiero lo que vos quereis, pero un algo que no me explico hace que resista por costumbre. Es preciso, pues, machucar mi vanidad á vuestro gusto, atraer una crisis, hacerme daño, en una palabra, vencerme en la lucha; entonces se graba la leccion en mi memoria para no borrarse jamás, como no se borran las cicatrices de las heridas profundas.

Admirábame en verdad de aquella resistencia del sér moral tan diferente en ella misma del sér de artista. Aquel no cedia sin romperse, y éste vibraba y conmovia al más ligero soplo.

Sin embargo, existian bajo aquella rudeza de carácter, delicadezas exquisitas. Era la nuestra una situacion difícil, dados los términos en que estábamos encerrados, para no caer en el egoísmo; porque Felicia comprendia bien que, sin la desgracia que la habia herido brutalmente, hubiera yo triunfado de mi amor por ella, y á la verdad iba yo á ser en su vida futura, un apoyo más directo, y más apreciado que su excelente hermano. Sentia ella tan vivamente que yo temiese alguna vez la explosion de un sentimiento personal esquivo... Semejante temor no tuvo el menor asomo de realidad. El dolor tuvo siempre en aquella mujer generosa una verdadera austeridad, y si ella sintió tentaciones, alguna vez, de olvidar y de rejuvenecerse, una reaccion enérgica, verificada espontáneamente en

su naturaleza, le arrancaba lágrimas, en las cuales si yo adivinaba, jamás hizo ella traición á la causa.

Comprendí la victoria que ella conseguía sobre sí misma un día en que me dijo:

—Vos estais viendo muy á las claras todos mis defectos, y estais trabajando para quitármelos; es este un gran servicio que me prestais. Estoy á la vez avergonzada y orgullosa de que os tomeis tanta pena, y me digo que, para aceptar semejante trabajo, siendo como sois dulce é indulgente para con todo el mundo, es preciso que me ameís bastante más que el mundo entero.

Y, como yo le afirmase que la amaba en realidad más que á mi mismo, desvaneciéndose ella un rayo de alegría que asomó en sus ojos:

—Mi pobre Juan, dijo, me amaba también. El pobre no tenía vuestra inteligencia, y se preocupaba mucho de mis extravagancias sin acertar con el medio de curarlas; pero se hacía cargo de ellas tomándose tal cual yo era, y diciéndome á veces:

“¿Cómo te las compones por parecer mala, siendo tan buena?”

Y se reía, y juraba y me abrazaba para evitar la tentación de sacudirme. Era tan rudo como tierno. ¡Ah! no hay duda que me amaba de veras. Vos podéis amarme igualmente, con mayor dulzura y paciencia tal vez; pero yo no tendré jamás el derecho de pedir os igual ternura paternal.

XXIII

LA crudeza del invierno tardó en venir, lo cual nos permitió adelantar bastante los trabajos de la isla hasta el punto de poder sembrar cereales en la misma y plantar algunos árboles frutales. En la región que habitábamos nosotros se gozaba de una temperatura deliciosa, y si los ventisqueros que la dominaban no nos hubiesen amenazado con sus estragos sobre la parte baja, que no estaba del todo resguardada por el vigoroso relieve de rocas, hubiéramos disfrutado de una primavera de diez meses sobre los doce del año; pero las invasiones súbitas, y, por así decirlo, mecánicas del duro invierno, en medio de nuestra plácida temperatura, uníase á lo pintoresco y raro del sitio. No era para nosotros una novedad el ver descender dentellones de hielo junto á nuestras higueras cargadas de fruto, ó, á mitad del verano, reverdecer nuestras sedientas praderas bajo la pasajera inundación de una fuente de nieve.

Yo llevaba siempre la misma vida activa y regular: trabajaba todo el día y hacia trabajar; cada noche encontraba mi des-

canso y mi recompensa en la conversacion íntima con mi interesante y querida compañera. Llegué á encontrarme tan feliz como no lo habia sido en toda mi vida, y á creer en la quimera de que hay algo durable en este mundo.

Estaba ya convenido que nos casáramos en primavera, y ya toda incertidumbre se habia desvanecido en mí, cuando una noche me encontré á Felicia llorando:

—Mi pobre tío ha muerto, me dijo, y eso que no tenia mucha edad; pero su oficio de tejedor en una cuadra húmeda le habia envejecido en realidad hasta el punto de no poder sobrellevar una ligera enfermedad. Habia sido un excelente hombre, el cual me acogió como una hija durante la época de mi desgracia. ¡Vedme, pues, sola en este mundo, amigo mio! no tengo más que á vos.

Yo participaba de su dolor, prometiéndole reemplazar en cuanto cupiera á la familia que habia visto desapiadadamente segada en torno suyo por la mano de la fatalidad en el brevísimo espacio de un año. No me atrevia á hablarle de Tonino; esperaba que me participara ella algun proyecto relativo al porvenir de su jóven primo. Pero ella guardó el silencio más absoluto sobre este particular, hasta que al cabo de algunos dias me decidí á hacer que lo rompiera.

—Tengo remordimientos, la dije. Me es imposible soportar la idea de que seais, para complacerme á mí, indiferente al porvenir de vuestro hijo adoptivo. Este depende de mí desde el momento en que me aceptais como jefe de la familia, y siento que existan deberes que es preciso cumplir con res-

pecto á este jóven. Decidme, pues, lo que habeis pensado hacer para sustraerlo á los peligros de la inaccion y del aislamiento.

—Nada puedo deciros, respondiome. Hace seis meses que se me presenta desconocido. No me habla apenas en confianza, estamos casi desavenidos. Dice él que sabrá hacerse una posicion y que puede pasarse sin que yo le proteja. A deciros verdad, nada de esto creo, y temo que si se le abandona, va á perderse.

Quedé sorprendido de la sequedad de expresion de Felicia, y me quedé mirándola fijamente para cerciorarme de que no estaba haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, al manifestarse dispuesta á sacrificar aquel muchacho á mi egoismo. ¿Era aquello un reproche mudo? ¿era una insinuacion disimulada con harta habilidad?

—Felicia, le dije, es preciso llamar á Tonino; se le debe interrogar y observar, ver si declara sinceramente su independencia y si es capaz de hacer buen uso de ella; despues de lo cual podremos tomar una resolucion.

—¿Por qué, me dijo ella, intentais ocultarme que su vuelta va á seros desagradable?

—No quiero, bajo ningun pretexto, ocultároslo, pero sí quiero hacerme superior á mis escrúpulos; hay, pues, un deber que cumplir; ya os lo he dicho.....

—¿Y, por vos, es el deber lo primero ante todo?

—Sí, amiga mia; esta es mi religion.

—Sin embargo, nada debería pasar antes que el amor, me parece, repuso ella tímidamente.

—Él acepta los sacrificios tributados al deber.

—¿Cómo es eso?

—Elevándole y ennobleciéndole.

—¡Elevarse, ennoblecerse..... éste, éste es el sueño de mis ambiciones! Creo comprenderos perfectamente; ¿quereis haceros superior á los celos, no es eso? Pues bien, probadlo; pero tened en cuenta que no podreis amarme mucho si sabeis ver con indiferencia á un hombre que me mire con amor.

—Yo no veré esto jamás con indiferencia, amiga mia, á no ser que vos alentarais aquella mirada lasciva, que os amancillaria á mis ojos como á los vuestros.

—¡Dios mio! exclamó ella impetuosamente; ¿qué estais diciendo? ¿Si yo no fuese perfecta dejariais de amarme?

—No sé si sois ó si sereis perfecta bajo todos conceptos. Tal como sois, ó tal como sereis, os quiero ú os querré siempre; pero, en materia de amor, soy exclusivista, y no creo que la fidelidad completa sea una virtud difícil para los corazones amantes.

—Sabeis perfectamente, me dijo despues de un corto silencio, que jamás he sido coqueta. Que no entra ello para nada en mi modo de ser. Sin embargo, si yo me lo volviese ahora que amo; si, para alimentar vuestro amor; os hiciese ver alguna vez que puedo inspirárselo á los otros, ¿seriais tan rígido que vierais; este deseo de agradaros más, como una falta de fidelidad?

—Sí, es cierto, soy rígido hasta este punto, y lo deploraria, sin creerme injusto. Toda coquetería necesita de un cómplice, y la mujer que se asocia otro hombre á la tentativa tan poco inocente de que estais hablando, hace algo peor que engañar á su esposo; le envilece. Que haga la mujer un juego de sus sufrimientos, esto no pasa de ser una infamia que puede perdonarse; pero que aliente á un extraño para atormentar juntos al hombre á quien ha jurado respetar, esto es lo que yo no aceptaria nunca, y lo que me inspiraria el más invencible menosprecio.

—Os encuentro cruel, repuso Felicia, y teneis hoy una

manera de decir las cosas que me mortifica y espanta. ¿No habeis querido suponer que el extraño en cuestion fuese un amigo que se prestara castamente á una prueba dentro el interés del propio marido?

—¿De dónde habeis sacado esta moral bufa, Felicia? ¿Sois todavía tan niña que creais que en el juego de la comedia del amor el rival simulado que escogierais para acicatear la imaginacion ó los sentidos de vuestro marido, no tendria para sí mismo los sentidos y la imaginacion ocupados en vos? ¡Ah! si alguna vez os hicierais la ilusion de servir de la expresiva máscara de Tonino para esta pretendida prueba..... tened mucho cuidado.....

—¿Nos matariais á los dos? exclamó Felicia, vuelta de momento á la alegría involuntaria de su instinto salvaje.

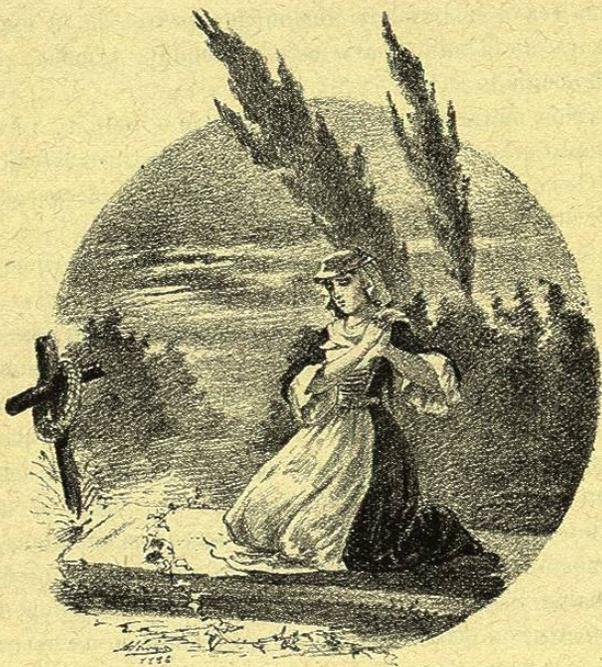
—Os equivocais, le dije, haria algo peor; os despreciaria á uno y otro.

Esta respuesta la sublevó, y la ví entonces, por primera vez, enojada contra mí.

—No me amais en verdad, me dijo; puesto que admitís la suposicion de que vuestro amor puede derretirse como las primeras nieves. ¿Qué es entonces para vos el amor? ¡Nada, ó casi nada! ¡Hablais de pasar, en un dia, de la adoracion al menosprecio, como si se tratara de cambiar vuestros vestidos de verano por los de invierno! ¿Será que se entienden así las afecciones cuando se es filósofo? Nos trazamos un plan, establecemos una ley, y fuera de esto ¡no cabe el menor desvío imaginable. Si el hombre no tiene por compañera una mujer sin defectos, un otro él mismo, si no la mata en un exceso de cólera,.... ¡oh! ¡no! ¡esto no es bastante divertido! es preciso matarla en su aprecio, y desde entonces tambien igualmente en su corazon. Es decir: una palada de tierra sobre este cadáver, y todo está terminado. Pues bien, yo encuentro esto horroroso, prefiero antes la rudeza eterna, la eterna rudeza y

el perdón eterno de mi pobre Juan. Él no tenía orgullo de sí mismo, y cuando yo le contrariaba, me contrariaba él á su vez, y estábamos en paz.

Salió entonces sin quererme atender, y en plena noche, se fué á llorar sobre la tumba de Juan. Así resultaba que Tonino,



lejos y todo como estaba, no dejaba de ser un obstáculo á nuestra mútua confianza. Su nombre no podía reaparecer entre nosotros; ¡la sola idea de una reconciliación de pocos días no

podía ser evocada sin dar lugar á una discusión séria y sin llevar desde lo profundo al colmo, el edificio de nuestra felicidad! Después de tantos esfuerzos por una y otra parte al objeto de fundar y consolidar aquella grande obra, era por último, mortalmente triste el resultado.